

CONQUISTA

Volumen 2, Número 16

CRISTIANA

CAPACITANDO
PARA LA ACCIÓN!

La necesidad de líderes, *Charles Simpson* / 242

Señor de tiempos y cambios — *Hugo M. Zelaya* / 245

Nuestra sociedad con Dios — *Bruce Cook* / 248

La duda, afuera, soltera y rechazada — *Fredy Granja* / 252

La gloria postrera — *Jorge Luis Soto Gould* / 254

La necesidad de líderes

Cómo vencer una peligrosa tendencia en la sociedad

por Charles Simpson

"Jehová el Señor me dio lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado" (Is. 50:4).

Nunca como ahora los líderes han necesitado palabras de aliento. Hoy los líderes enfrentan cuestiones espirituales de gran significado. Mencionaré algunos de estos puntos de controversia y cómo puede usted ayudar a los líderes; por qué debe ayudarlos.

Una mujer cristiana que había servido en una junta escolar de la localidad fue destituida de su puesto en una elección, después de dieciocho años de servicio voluntario, como resultado de una actitud "hostil hacia los oficiales de turno" y una campaña vulgar. Un pastor que levantó una iglesia grande y avivada fue llevado a renunciar, después de 35 años de servicio, debido a una división en su iglesia: Un "líder apostólico" se negó a intervenir en una situación difícil, en una iglesia local, por temor de que la iglesia y sus ancianos rechazaran el consejo y se volvieran contra él.

¿Se relaciona todo esto con el síndrome de "échelos todos afuera" que prevalece en todo el mundo? Opino que sí. Creo que hay una epidemia de sentimientos negativos hacia los líderes de toda clase en todas partes del mundo.

Ciertamente, los líderes a veces fracasan y necesitan ser



reemplazados, pero creo que existe hoy una formidable guerra espiritual contra el liderazgo. Veamos por qué es verdad.

Juicio

En Isaías capítulos 3 y 4, el Señor advierte a Israel que le quitará a sus líderes, de todos los tipos —familiares, vocacionales, espirituales y militares— para reemplazarlos por gobernantes inexpertos, caprichosos e insolentes. Quitarles los líderes era una señal del juicio de Dios.

Sin embargo, el juicio no se debía esta vez a que los líderes hubiesen fallado, sino porque Israel en sí había fallado, y realmente estaba en rebelión contra sus líderes. Una ola rebelde correrá por las naciones y hará que hasta los líderes en potencia se nieguen al llamado de dirigir. Dirigentes descalificados e inexpertos se levantarán y llevarán a las naciones por mal camino. La rebelión y la revolución no garantizarán que las cosas se pondrán mejor.

Hay muchas clases de líderes: Líderes natos, líderes llamados por Dios, líderes por superación, y aun otros que son líderes delegados por los que están en puestos de autoridad.

No obstante, hay otra clase de líderes, el líder circunstancial y oportunista, la persona que mide el humor del público y lo manipula para su propio beneficio. Dios advirtió a Israel que tendría tales líderes.

Mientras que el líder oportunista pudiera tener mucho éxito en ganar el poder, rara vez lo sabe usar para el mejoramiento del pueblo. Y el que gana poder, usando la opinión pública, a menudo se convierte en siervo de la opinión popular en vez de servir a la justicia.

El líder verdadero debe ser fiel a Dios, a sí mismo y al pueblo.

Asuntos que enfrentan los líderes

Los verdaderos líderes espirituales enfrentan asuntos personales serios en cualquier sociedad:

- La obediencia a Dios
- El mantenimiento de los valores bíblicos en una sociedad secular
- El mantenimiento de metas de largo alcance, en medio de demandas y crisis de corto alcance
- El mantenimiento de paz y autocontrol

El reto de los líderes hoy es mantener una perspectiva sana mientras la sociedad y sus instituciones cambian radicalmente. El desafío es para que respondan a las interrogantes de una sociedad que se vuelve cada día más independiente de pensamiento... y no obstante, al mismo tiempo, más dependiente del liderazgo para que haga por ellos lo que ellos no quieren hacer por sí mismos.

El líder verdadero debe ser fiel a Dios, a sí mismo y al pueblo. ¡Eso no es fácil! Muchos líderes se hacen a un lado frente a exigencias imposibles, y la gente buena se niega a dirigir.

Consecuencias

¿Cuáles son las consecuencias de una atmósfera hostil hacia los que dirigen? Recientemente, leí que el pastor evangélico promedio sirve menos de tres años antes de dejar su puesto. En las elecciones de 1992 en los Estados Unidos, aproximadamente 100 congresistas no quisieron ser reelegidos. Uno pudiera discutir los posibles beneficios de una rotación de liderazgo, pero ¿tendrá su parte negativa para la Iglesia y la

sociedad?

¿Y qué de las familias? Multitudes de niños crecen sin la dirección de sus padres. Desde que la familia es un microcosmos de la sociedad, la sociedad en sí experimenta un divorcio masivo. ¿Se estarán destruyendo nuestros pactos familiares, los sociales y religiosos?

He aquí algunas consecuencias perjudiciales que pueden ocurrir cuando prevalece el desánimo en el liderazgo:

- La pérdida de disciplina
- El aumento del egoísmo y la actitud hostil
- La pérdida del patrimonio y de la historia
- El aumento de la inseguridad y el temor
- Un clima social adverso
- La explosión del crimen y la violencia
- El aumento de la deuda

Todos estos males se pueden documentar en la historia y en las Escrituras (Malaquías 4:4-6, por ejemplo, que si los padres y los hijos no se reconcilian, el resultado es una maldición.)

Nuestra sociedad ya refleja las consecuencias de la pérdida de liderazgo: el crimen fuera de control; el litigio masivo; un abrumador problema de drogas; una epidemia de SIDA aparentemente incurable e imparable; y la bancarrota personal y corporativa como nunca antes. Hay países enteros que no pueden pagar el costo de los servicios de salud, y la situación se pondrá peor al extenderse el SIDA y los costos se vayan más por las nubes.

Un gran porcentaje de los impuestos recaudados se destina al pago del interés de la deuda nacional. Los gobiernos están en bancarrota, pero más impuestos no es la respuesta para nuestros masivos problemas sociales.

Durante el tiempo transcurrido en la guerra del Golfo Pérsico, veinte veces más personas fueron muertas en los Estados Unidos que en el Golfo. Hay serios problemas en los Estados Unidos —para qué mencionar los de Yugoslavia, Somalia, y decenas de otros puntos de conflicto. ¿Será sólo un problema de liderazgo, o es moral y espiritual? ¿Serán “ellos” o seremos “nosotros”? Cuando el Espíritu Santo señala con el dedo, generalmente no es a alguien más. El historiador francés de Tocqueville advirtió que los Estados Unidos serían una gran nación, hasta que la nación aprendiera que podía votar para sí misma por beneficios del Tesoro Nacional. Ahora, no hay tesoro nacional —sólo deuda nacional. Quitarle a los ricos no es una respuesta. Reducir el Seguro Social no es una respuesta. Un seguro de salud nacional no es una respuesta. Todo ello se podría comparar con poner una curita en un cáncer.

Respuestas

Recientemente, una de las denominaciones más grandes eligió a un desconocido oficial de medio tiempo para que fuera su líder. Ese oficial se sorprendió tanto que renunció a su medio tiempo y dejó la conferencia. Sus amigos dijeron que no estaba preparado para la actitud “hostil hacia los oficiales de



turno” de sus compañeros cristianos. Este buen oficial se negó a manipular el humor contra el liderazgo oficial de la conferencia para fines personales. Sabía que él no era la respuesta. La conferencia entonces volvió a elegir al líder previamente designado.

Probablemente, la respuesta total no sea tener un liderazgo de la mejor clase. Jesús estaba singularmente calificado como líder —pero lo crucificaron.

Debemos regresar a lo que los fundadores de esta nación entendieron: la respuesta de las necesidades de una nación radica en la calidad espiritual de su pueblo. Los líderes nacen de entre el pueblo. Un pueblo grande produce líderes grandes. Un pueblo egoísta produce líderes egoístas.

Es tiempo de volvernos a Dios, no uno contra el otro. Contrario al humanismo y a los dogmas de la Nueva Era, la Biblia declara que fundamentalmente no somos buenos. Somos pecadores que necesitamos perdón, salvación, y el poder de Dios. Entonces, seremos un pueblo santo y él nos dará líderes buenos.

Un niño preguntó a su papá:

—¿Cómo me pondré la túnica sobre las alas cuando me vaya al cielo?

Su padre le respondió:

—La cosa es cómo ponerse la corona sobre los cuernos.

Una vez oí decir al colega ministro Emmanuele Cannistraci: “¡Cuando los hombres son sólo hombres, Dios sigue siendo Dios!” ¡Amén!

El gobierno no nos salvará, pero Dios sí. He aquí algunas maneras en que debemos responder a él y uno al otro para poder recibir su gracia en los días por delante:

- Necesitamos renovar nuestra fe en él.
- Necesitamos renovar nuestro

sentido de responsabilidad personal para él.

- Necesitamos animarnos uno a otro para buscarlo.
- Necesitamos el poder del Espíritu Santo.
- Necesitamos ser productivos para él y para el bien común.
- Necesitamos educar y ofrecer oportunidades a los necesitados y,
- Necesitamos tomar las palabras del discípulo verdadero; palabras que sostengan al cansado... especialmente a los líderes cansados. No podemos darnos el lujo de perder a los buenos líderes.

Había mucha agitación en los años de 1960. Las plagas en la sociedad eran la duda, el señalamiento con el dedo y la polarización. Gran número de ministros se salían del ministerio. Entonces, cuando el pueblo buscó al Señor, el Espíritu Santo fue derramado, y se levantaron grandes iglesias. Recibimos sanidad y victoria.

Hoy, las dudas y los problemas serios se levantan nuevamente entre nosotros. Pero, porque El vive, podemos levantar las manos caídas y fortalecer las rodillas paralizadas (Hebreos 12:12). Animemos a nuestros líderes, diciéndoles: “Alzad, oh puertas, vuestras cabezas [...] y entrará el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria? [...] Jehová el poderoso en batalla. El es el Rey de la gloria” (Salmo 24). Δ



Charles Simpson es editor de la revista CHRISTIAN CONQUEST. Ministra dentro y fuera de los Estados Unidos de Norteamérica.

CC Sept/Oct. 1992

El Señor de tiempos y cambios

Por Hugo Zelaya

El libro de Daniel es un estudio de la soberanía de Dios sobre los tiempos, las edades y las circunstancias, y de los cambios que vienen con ellos. También es una aseveración de su verdad eterna e inmutable y de su fidelidad inquebrantable en medio de las condiciones menos propicias.

Señor de los cambios

Alguien dijo una vez que lo único que no cambia es la certeza de que todo cambiará. Se refería, desde luego, al hombre y su trajín por la vida. Porque Dios no mejora ni empeora. No es necesario que haga otra cosa para ser más Dios y su naturaleza le impide ser menos que Dios.

El hombre se ve afectado por el tiempo y las condiciones de su entorno; padece los cambios físicos que, finalmente, acaban con su existencia en la tierra. Y en su vida espiritual, nace condenado a pasar una eternidad alejado de la presencia de Dios.

Sin embargo, no tiene que terminar allí. Si esto fuera todo lo que hay en el futuro, sería una criatura miserable. Puede cambiar su futuro reconociendo la soberanía de su Creador y poniéndose de acuerdo con él para servir a su propósito dentro del tiempo y el espacio.

Dejamos atrás un año que se caracterizó por las promesas de cambio de los dirigentes políticos. En los Estados Unidos, un socialista que llegó al poder con la promesa de cambiar la mala situación económica. Mientras que España celebra una década de gobierno socialista que alcanzó el poder con la misma promesa. Ni España en diez años está



mejor, ni los Estados Unidos lo estará sólo con un cambio de gobierno.

El verdadero cambio radica en el regreso al corazón de Dios. Comenzará cuando el mismo hombre reconozca que separado de Dios, a lo único que puede aspirar es a la desdicha en todas sus expresiones. Si continúa en el engaño de mejorar su condición sin las restricciones de Dios, entonces no importa a qué cambios políticos, económicos y "espirituales" se exponga, el resultado será el mismo: desencanto y mayor calamidad.

Sólo el reconocimiento de Dios como la única esperanza podrá responder a las preguntas de incertidumbre y zozobra que presenta el futuro para el hombre natural. ¿Qué diferencias traerá? ¿Qué condiciones permanecerán iguales? ¿Cómo nos preparamos para lo que viene?

La verdad y la fidelidad de Dios

En una entrevista por televisión, un hombre de mundo declaró que la

Biblia era obsoleta para el hombre moderno. "Nadie le hace caso. Nadie quiere que le digan lo que tiene que hacer."

No sorprende que el mundo ande perdido. Los que se quejan porque Dios no interviene en la tragedia deberían recordar que es esta forma de pensar la que los llevó allí en primer lugar. El camino que les pareció bueno, resultó en camino de muerte (Proverbios 14:2) y ahora echan la culpa a Dios.

El salmista expresó su confianza en la palabra de Dios de esta manera:

Para siempre, oh
Jehová, permanece tu
palabra en los cielos
(Salmo 119:89).

Y por si acaso a alguien le diesen problemas los cielos, el Señor agregó:

El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán (Mateo 24:35).

En medio de tiempos tormentosos, cuando todo alrededor es sacudido con violencia, es necesario afianzarse en algo incommovible: un ancla que nos haga permanecer firmes cuando todo y todos son arrastrados por la furia de las tormentas.

Esta ancla es la palabra de Dios. No se ajusta a las circunstancias de la vida. No cambia con la temperatura de las intenciones del hombre. No se mueve con las corrientes del pensamiento humano. Permanece.

Cuando las disertaciones de los "filósofos" quieran confundirnos; o las suposiciones de los "científicos" convencernos con "ideas nuevas pertinentes a este siglo" hay algo que sostiene: la palabra de Dios.

La palabra de Dios es su misma naturaleza. La escritura llama al Señor Jesucristo "el Verbo" (Juan 1:1; Apocalipsis 19:13), la Palabra viva. En

su vida natural era el Verbo y en su vida resucitada seguía siendo el Verbo. No cambió. Ni cambia en nosotros. Ya no tenemos que quedar a merced de los cambios de la vida. La palabra inmutable de Dios nos sostiene. La fidelidad de Dios se revela en su palabra.

La historia humana es una cadena de cambios pero Dios manifestó su fidelidad a hombres fieles que permanecieron firmes en medio de todos ellos.

La palabra que Noé predicó fue la misma durante 100 años, y aunque se burlaron de él y de su familia, la palabra que no cambia fue lo que finalmente los salvó. Muchos de los cambios en el mundo se deben al juicio de Dios. Nosotros también podemos estar a salvo si permanecemos fieles a su palabra.

Abraham confió en la palabra de Dios. En su hijo Isaac radicaban todas las posibilidades de que sus esperanzas naturales se cumplieran. Era el "hijo de la promesa". Pero estuvo dispuesto a sacrificarlo cuando Dios le enseñó a depositar toda su confianza en él, no en la muestra tangible de su fidelidad. Abraham aprendió a confiar en la fidelidad de Dios y Dios le devolvió la "muestra" y le dio una "descendencia como las estrellas del cielo y como la arena... del mar" (Génesis 22:17). También a nosotros si estamos dispuestos a sacrificar lo "tangible" por su palabra, él lo devolverá y con creces, no importa lo que parezca a todo el mundo.

Jacob, José, Moisés y otros siervos de Dios, son ejemplo de hombres que permanecieron firmes frente a los cambios que enfrentaron.

¿Qué diferencias traerá el futuro? No importa. Nuestra confianza está en su palabra inmutable y en su fidelidad. ¿Qué permanecerá igual? Su propósito. Aun los cambios que nosotros consideramos para "mal" no alteran sus promesas, ni sus intenciones. ¿Cómo nos preparamos para lo que viene? Determinando no vernos afectados en nuestro compromiso con él y su palabra venga lo que venga.



El ejemplo de Daniel

Daniel es el mejor ejemplo de que se puede vivir como Dios manda y servir a sus propósitos en una sociedad y un gobierno paganos. Pero no sucede por casualidad.

Daniel y sus compañeros fueron traídos de Israel a Babilonia. Cuando llegaron debieron responder a las mismas preguntas que nosotros en nuestro tiempo. ¿Cuál es el propósito de Dios en este cambio? ¿Qué aspectos no puedo permitir que cambien en mi vida? Y ¿Qué puedo aceptar de esta nueva situación?

Cuando Daniel y sus amigos llegaron a Babilonia, determinaron que el propósito de Dios es primeramente demostrar que él es Dios de toda la creación y único dueño y soberano sobre ella. Dios era soberano sobre Babilonia y la única salvación de Daniel y sus compañeros fue mantenerse firmes en este conocimiento, aunque las circunstancias determinaran otro curso o pareciera que atentaran contra sus vidas. No permitirían que el temor de morir dictara un cambio de convicciones. Permanecerían fieles a los principios que les habían sido inculcados en su niñez. Con la ayuda de Dios supieron mantener lo esencial de su pasado y abrirse a lo nuevo que estaba por delante. La verdad es la verdad donde quiera que se encuentre; aún en las escuelas de Babilonia. Para servir al rey como consejeros tenían que entrenarse en ese ambiente.

Decidieron que podían servir a este rey pagano de Babilonia mientras no

transigieran en sus convicciones respecto a la soberanía y la verdad de Dios. Servir en una sociedad de ídólatras parecerá difícil a menos que sepa discernir lo que es de Dios, y que es muy de él confundir a los religiosos e insensibles poniéndonos en posiciones que parecen contribuir al bienestar de los impíos. Esto no es insólito. ¿De qué otra manera puede el hijo de Dios trabajar en esta sociedad? Trabajando para Dios.

Como Daniel, todos tenemos las mismas opciones. Una es reaccionar contra el sistema y negarse a servir en un ambiente obviamente pecador. Para Daniel eso hubiera significado la muerte y el final de sus posibilidades de que Dios lo usara en su vida. Quizás nosotros tengamos la opción de aislarnos sin perder la vida, pero tampoco serviremos a Dios y su propósito. Otra reacción es enfadarse y rebelarse contra el sistema. Es parecida a la primera, nada más que ésta es activa mientras la otra es pasiva.

En el otro extremo está la opción de asimilarse y transigir en los principios de Dios. Esto no ayuda a Dios en nada y nos destruye moral y espiritualmente.

Dos fueron las disposiciones de Daniel. Fiel a la verdad, sin transigir un ápice, y listo para actuar en favor de la redención de Dios. Cualquiera sea la situación, Dios es Señor sobre ella.

El sueño de Nabucodonosor

Dios siempre va más allá de nuestras expectativas. Después de determinar que Daniel y sus compañeros le serían fieles, en cualquier lugar, Dios interviene en los asuntos de los hombres para crear una situación que, al principio, parece nefasta para sus siervos, pero que resulta ser no sólo su salvación sino también su engrandecimiento.

Dios manda un sueño a Nabucodonosor. Todos sabemos que Dios puede mandar sueños a sus hijos para revelarles su propósito. Pero... ¿a un rey pagano y altanero? Pues si así se cumplen sus intenciones, entonces lo hará.

Sólo Dios pudo haber pensado en la trama de esta historia. El rey sueña, pero se olvida lo que soñó. Los hechiceros, agoreros, adivinos y sabios del reino no pueden dar con el sueño. Piden al rey que se los cuente primero y ellos darán alguna interpretación. Querían la tarea fácil. Muchos cristianos son así. Creen que si les viene fácil que entonces es de Dios. No se aprestan a luchar contra los obstáculos o la calamidad porque han sido mal enseñados. Dios no siempre nos pone fáciles las situaciones. A veces quiere que luchemos y vencamos los contratiempos que quisieran impedir nuestro progreso en él.

Daniel confía que esto es de Dios; una oportunidad para traer gloria a su nombre. Pero toma el asunto en serio. El y sus compañeros se ponen a orar. Piden a Dios que les revele el sueño y así lo hace él.

Aquí comienza a manifestarse el carácter de este hombre. La misma gracia que él recibe de Dios, la expresa hacia sus compañeros idólatras. El rey los había mandado matar. Si Daniel hubiera estado pensando en su propio bienestar habría pensado en ésta como su oportunidad para deshacerse de la competencia. No estaba en su consideración.

"Si mi esposo no me diera tan mala vida, yo sería una buena cristiana". "Si no tuviera que lidiar con mi esposa, yo serviría al Señor." "Quizás si me deshago de él o ella pueda hacer lo que sé que debo." Algunos no lo dicen, pero lo piensan.

Dios había revelado a un rey pagano la futura historia del mundo. Desde su reinado hasta nuestros días. Todos los reinos estaban representados en la estatua. Desde Babilonia, Persia, Macedonia, Roma, hasta los tiempos modernos y apocalípticos. La piedra que desciende y da en los pies de la estatua. El monte que crece hasta llenar toda la tierra. Cristo y su reino es fielmente interpretado por Daniel mediante la revelación de Dios.

No tenemos que andar en la obscuridad, dando tumbos, cuando los gobernantes de este mundo no saben

qué hacer o lo que está sucediendo. Dios dice en su palabra: "Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros... para siempre" (Deuteronomio 29:29), para que las hagamos.

¿Tras de qué andaba Dios? Daniel 2:46 y 47 nos dan un indicio.

Cuando Daniel contó el sueño y dio la interpretación, a Nabucodonosor no le quedó otra cosa que caer de rostro humillado ante Dios y ante Daniel, quien representaba a Dios. El rey más poderoso de la historia (de acuerdo a la indicación bíblica) se humilla ante Dios y sus hijos, cuando declara: "Ciertamente el Dios vuestros es Dios de dioses, y Señor de los reyes..." (v.47). ¿Cuándo fue la última vez que usted provocó a un impío decir algo semejante? Que usted y yo le demos gloria al Señor significa mucho, pero que un ateo o un pagano o un hombre de mundo, o como quiera llamarlo, se incline delante de Dios y reconozca su grandeza, eso significa mucho más.

Tras de eso es que anda Dios. Habacuc 2:14 nos presenta con el propósito de Dios: "La tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar".

Daniel fue honrado y elevado a una posición de autoridad. Nabucodonosor no siempre se acordó de Dios, pero Dios trató con él hasta que volvió nuevamente a reconocer su soberanía (lea el capítulo 4 de Daniel). Dios se mantuvo fiel a Daniel cuando estaba arriba con Nabucodonosor y cuando estaba abajo. Daniel fue fiel a Dios y reconoció su señorío en todos los cambios. Su posición no dependía de Nabucodonosor, dependía de Dios.

Resumen de lecciones

La lección principal de todo este artículo es que nuestro fundamento en su verdad es lo que nos hace estar firmes cuando otros titubean y caen. Y habrá quienes titubearán y caerán. Pero será porque apartaron sus ojos de la verdad.

Otra enseñanza importante es saber mantener nuestra perspectiva en

un ambiente desfavorable. La gente impía no es nuestro adversario. Si le damos a entender eso, nunca la ganaremos para Cristo. Usted puede ser amable y servicial hacia los que no son de la familia de Dios sin participar de su pecado. El Espíritu Santo estará más dispuesto a hacer su obrar de esa manera.

Una tercera enseñanza es que Dios es soberano y se revela al que sirva sus propósitos, dentro o fuera de su pueblo. El hecho de ser sus hijos no da la exclusividad de su revelación. No obstante, como Daniel, debemos estar listos para traerles la perspectiva correcta. El impío no cuenta con los puntos de referencia para formar un criterio adecuado y nosotros sí. Como Daniel, debemos reconocer que la sabiduría, la capacidad de interpretar el conocimiento para que ayude en la práctica, viene de Dios. Por lo tanto, a él pertenece la gloria.

Una cuarta observación es que debemos testificar de la grandeza de Dios y de su verdad a reyes y gobernantes. Quizás se gane a algunos para su reino. De todas maneras, los resultados los da Dios.

En conclusión, recordemos que cada día se acentúa más la diferencia entre lo sacro y lo profano. El mundo busca llenar el vacío en la gente con el ocultismo, la idolatría y la inmoralidad. Mientras que la Iglesia sigue siendo purificada por Dios. Nada de esto afecta el propósito de Dios. Dios sigue siendo Dios y su verdad sigue firme. La luz sigue siendo luz y brilla en las tinieblas.

Un día, cuando Dios termine de conmovier el cielo y la tierra, quedará inmovible él y su verdad. "Así que, recibiendo nosotros un reino inmovible... sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor" (Hebreos 12:28,29). Δ



Nuestra sociedad con Dios

Proyectando el futuro en fe
por Bruce Cook

Jesús es nuestro ejemplo cuando queremos determinar la actitud y la proyección de nuestro trabajo. "Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra" (Juan 4:34). Jesús consideró su trabajo en la tierra con la misma importancia para su vida como el alimento que lo sostenía físicamente. No se inclinó, como nosotros, a pensar en varios proyectos para después desarrollar sus planes. En realidad, no hizo nada de su propia iniciativa. Siempre buscó la voluntad de su Padre en todas las cosas (Juan 5:30). Jesús determinó lo que su Padre quería que hiciera y entonces inició la tarea prescrita. Su

relación de trabajo con el Padre era perfecta: Uno lo iniciaba y el otro lo realizaba. Leemos en Juan la respuesta de Jesús a los judíos: "Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo" (Juan 5:17). Jesús y el Padre trabajaban juntos.

Esta es la manera en que debemos funcionar en relación con Cristo: Jesús dijo:

Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer (Juan 15: 5).

La función de Jesús es iniciar y facultar; nosotros debemos llevar el

fruto. Este arreglo constituye una asociación única entre Dios y el hombre.

La naturaleza de una asociación

Hace varios años ayudé a formar una sociedad compuesta de diez individuos cuyo propósito era producir y poner en el mercado una película cristiana. Mi trabajo era llevar a cabo la producción y el mercadeo; los otros socios pondrían el capital necesario. Nuestras tareas no eran iguales, pero cuando todos cumplimos nuestra parte del acuerdo, el proyecto fue terminado. Esta es la naturaleza de una asociación.

En una asociación entre Dios y el hombre, los socios ciertamente no son iguales en términos de poder y autoridad, pero al trabajar juntos, Dios y el hombre, cada uno realizando su función específica, se logra una meta predeterminada. En realidad, lo que pudo haberse visto como imposible, desde el punto de vista humano, a menudo se logra como un asunto normal. Tal es el resultado de permitir que Dios trabaje por medio de nosotros.

Cuando entramos en asociación con Dios, la división de trabajo seguirá el mismo formato. Enfoquemos el papel de Dios en la asociación. Dios se involucra en tres maneras que influyen notablemente en la forma en que debemos hacer planes:

Primero, Dios ha prometido dirigirnos:

Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos (Salmo 32:8).

En otro Salmo tenemos la promesa de Dios de dirigir el camino de los que le temen. "¿Quién es el hombre que teme a Jehová? El le enseñará el camino que ha de escoger" (25:12).

Segundo, Dios ha prometido llenar nuestras necesidades.

Los que buscan a Jehová no tendrán falta de ningún bien (Salmo 34:10).

Dios ha prometido suplir todo lo que nos falte "conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús" (Filipenses 4:19).

Tercero, Dios ha prometido recompensarnos:

Dios... es galardónador de los que le buscan (Hebreos 11:6).

No se hace mucho hincapié sobre esta promesa en nuestra enseñanza de hoy, pero es tan

válida como todas las otras promesas suyas.

Tan sorprendente como parece, el Dios del universo realmente ha prometido dirigir nuestros pasos en todo lo que hacemos, de suplir todo lo que necesitamos para realizar nuestras metas, y de recompensar nuestros esfuerzos. Este arreglo es demasiado maravilloso de contemplar, pero es la mitad del trato. Nosotros también debemos cumplir nuestras funciones.

Nuestro papel

La Biblia dice que nuestra responsabilidad es tener fe y actuar de acuerdo con nuestra fe. Igual que una vez entramos en una relación con Dios por medio de la fe (Efesios 2:8-9), así debemos continuar viviendo por fe (Romanos 1:12) en cada momento de nuestra vida, porque es la fe que sirve de catalizador para liberar el tremendo poder de Dios para que opere en nosotros y por medio de nosotros. Jesús no hizo muchos milagros en Nazaret por la incredulidad (falta de fe) de ellos.

Decir que nuestra parte es tener fe sencillamente puede oírse al principio como banal y demasiado simple, pero un examen de la fe verdadera como la describe la Biblia revela que este no es el caso. Una vez un niño describió el fenómeno de la fe como "creer que una cosa es cierto, aunque sepamos que no lo es." Nos reímos, pero estoy seguro que todos podemos identificarnos con esta declaración, porque todos hemos sido culpables de ejercer esa clase de "fe".

La fe para algunos cristianos involucra la incredulidad básica de un precepto o promesa bíblicos adosada a una pequeñísima esperanza que quizás sea verdad. Cuando queremos que una promesa se cumpla, intentamos desesperadamente reunir toda la fe que podemos (la que vemos como un sentimiento) para permitir que Dios actúe, para luego intentar sostener esa fe hasta que la tarea sea

realizada. Somos como un pequeñín con un cono de helado en un día caluroso, lamiendo frenéticamente la confitura antes que todo el helado se derrita. Esto se llama tener fe en la fe. Afortunadamente, Dios tiene algo mejor para nosotros. La fe verdadera que revelan las Escrituras es una proposición totalmente diferente.

Una lección en la fe

Hace varios años, mientras andaba esquiando con un amigo en el centro de California, aprendí una interesante lección con respecto a la fe. Después de un día verdaderamente perfecto en las colinas, decidimos hacer un recorrido más, empezando desde la cima. Nos subimos a una góndola, con cinco chicas de secundaria que venían en línea inmediatamente tras de nosotros, y juntos comenzamos el ascenso hasta la cima de la majestuosa Montaña Mammoth. Cuando estábamos a medio camino de la cima, la góndola se detuvo, a 100 metros del suelo. Pasó una media hora y, cuando el sol se puso tras las montañas, comenzó a ponerse frío. Transcurrió otra media hora y para entonces la góndola comenzaba a mecerse violentamente por el viento. Una de las chicas se puso a llorar y otra se desmayó. Las cosas no se miraban muy bien. De repente oímos ruidos en el techo y apareció una cabeza colgando de arriba a abajo, fuera de la ventana. Era un patrullero del parque que había descendido por el cable hasta nuestra encumbrada prisión.

Sacando una correa del tamaño de un cinturón ancho, el oficial explicó nuestro modo de escape: "Esta correa está asegurada por medio de un cable a un embrague automático en el techo de la góndola. Uno por uno, quiero que se coloquen la correa pasándola sobre sus cabezas y bajo sus brazos, y luego salgan por la puerta. No se alarmen; el embrague les ayudará a

descender lentamente." Siguió un momento de silencio mientras asimilábamos la información. Entonces mirándome, el patrullero ordenó: "Usted, salga primero."

Soy graduado de una Universidad de Ingeniería y conozco algo sobre el tema. Con gusto hubiera proporcionado las ecuaciones que se usan en un embrague automático, pero no quería probar específicamente la eficacia de dicho aparato. Desde que no tenía otra opción, oculté mis aprensiones lo mejor que pude, aseguré la correa según las instrucciones y fui directamente abajo; muy, pero muy despacio. Aunque parezca increíble, tuve que ejercer la fe para llegar abajo. La cantidad de fe que tuve, no es el asunto. Digamos que tuve suficiente de ese artículo para tomar los pasos que se requerían de mí. Lo que realmente me salvó fue el objeto de mi fe. El embrague automático resultó ser digno de confiar. Cumplió la tarea que tenía que hacer. El objeto de mi fe fue digno de mi fe.

Dios es digno de confiar

Esta es la naturaleza de la fe bíblica. Ciertamente, no es la cantidad de nuestra fe la que causa que Dios intervenga a favor nuestro. El Señor habla de la fe como un grano de mostaza que tiene la capacidad de mover montes (Mateo 17:20). Dios opera en nuestras vidas porque es perfectamente capaz y está dispuesto para hacer lo que ha prometido (Romanos 4:21). Dios es completamente digno de confiar. Puesto que él ha prometido dirigirnos en el camino que hemos de seguir, llenar nuestras necesidades y recompensar nuestros esfuerzos, debemos tomarle la palabra.

Abraham entendió este principio muy bien. Vea su situación 25 años después que Dios le había prometido que sería el padre de muchas naciones. Todavía sin hijo y cerca de

los 100 años de edad, Abraham "no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto... o la esterilidad de la matriz de Sara" (Romanos 4:19). El prospecto de procrear un hijo a sus edades era imposible desde el punto de vista humano.

Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido (Romanos 4:20-21).

Con el tiempo, Dios honró la fe de Abraham. Le nació un hijo del que "salieron como las estrellas del cielo en multitud, y como la arena innumerable que está a la orilla del mar" (Hebreos 11:12).

Haríamos bien en seguir el ejemplo de Abraham, cuando nos asalten la dudas, negarnos a pensar en lo "imposible" y escoger concentrarnos en Dios y su palabra. Esto no significa que no debemos ser realistas con lo que acontece a nuestro alrededor; significa que no debemos dejar que las circunstancias nos desanimen, porque las circunstancias por lo general son indicadores pobres de la manera en que Dios opera en nuestra vida.

El Nuevo Testamento ofrece consejo bueno al respecto: "Puestos los ojos en Jesús," es la advertencia de Hebreos 12:2. En Mateo, la descripción vívida de Pedro, en su intento de andar sobre el Mar de Galilea, a la orden del Maestro, nuevamente subraya la necesidad de mantener los ojos en Jesús. Pedro lo hizo bien hasta que miró abajo al mar tormentoso (de sus circunstancias). Entonces comenzó a hundirse. Ese día Pedro aprendió una lección de enfoque.

La verdad fundamental con respecto a la fe bíblica es que simplemente toma a Dios en su palabra para entonces aferrarse al

objeto de nuestra fe [Dios], no importan las circunstancias.

Demstración de la fe

Una segunda verdad con respecto a la fe es que la fe siempre involucra acción. "La fe sin obras está muerta" (Santiago 2:26). Otro episodio en la vida de Abraham refleja esto.

Se dice que Dios llamó a Abraham para que se estableciera en un lugar no designado muy lejos de su hogar ancestral, un lugar que él [Abraham] recibiría por herencia de Dios. Sin titubear, Abraham empacó sus pertenencias, tomó a su familia y "salió sin saber a dónde iba" (Hebreos 11:8).

¿En qué punto del relato demostró Abraham su fe? Abraham creyó a Dios cuando le dijo que tenía una tierra que había preparado para él. Pero su creencia se convirtió en fe cuando en realidad salió y dio el primer paso hacia un destino desconocido. Por causa de su fe, Dios reveló a Abraham el siguiente paso del camino, y al actuar él con esta nueva información, el siguiente paso le fue revelado y así en lo sucesivo.

Esto es típico de la manera en que Dios opera en nuestra vida. Si nuestra respuesta a un llamado claro de Dios es pedirle un plano detallado, entonces Dios probablemente replique con el silencio. Pero si damos el primer paso que él nos pide, demostrando nuestra fe con nuestra acción, entonces Dios proporcionará la información y la fuerza necesarias para seguir adelante.

Una razón por la que muchos de nosotros no salimos en fe es que tal acción involucra riesgos desde la perspectiva humana. Sin embargo, la realidad es que el verdadero riesgo está en no obedecer a Dios, confiando más bien en nuestras circunstancias que son inciertas y están sujetas a cambiar. Si nos encogemos de miedo ante el llamado de Dios, renunciamos al

descubrimiento de la confiabilidad y fidelidad de Aquel que sostuvo a Abraham y que quiere hacer lo mismo con nosotros.

Hemos avanzado mucho desde la definición infantil al comienzo de este artículo. Hemos visto que la verdadera fe no requiere que nos esforcemos para creer algo que sospechamos no es verdad, sino que está basada en dos elementos claves: creer en la confiabilidad de Dios y su palabra, y actuar basados en esa creencia. La combinación de estos dos elementos, quizás defina la fe como "actuar bajo la convicción de que Dios hará lo que ha prometido."

Esta es la clase de fe que se pide en una asociación entre Dios y el hombre. Nuestra función en esta asociación es tener fe. Nada menos de nuestra parte lo realizará, porque Dios deliberadamente ha limitado su capacidad de acción en nuestra vida si no está el catalizador de la fe verdadera.

Al considerar estas verdades, no permitámonos que nuestra vida sea como la de los de Nazaret donde el Señor no hizo muchos milagros debido a su incredulidad. Mas bien, unámonos a Dios en fe y descubramos que, con esta combinación, nada es imposible.

Reproducido con permiso de "God's Secret for Getting Things Done" por Bruce Cook, publicado por Victor Books (C) y SP Publications, Inc., Wheaton, IL.

Bruce Cook es presidente de Leadership Dynamics, International en Atlanta Georgia, un ministerio de entrenamiento bíblico en el liderazgo para ejecutivos.



New Wine, September 1986.

Invitamos

*a los pastores y ministerios
para que colaboren
con artículos
de actualidad
que sirvan de bendición
al cuerpo de Cristo.*

Todo material debe enviarse a:

Hugo M. Zelaya, Director

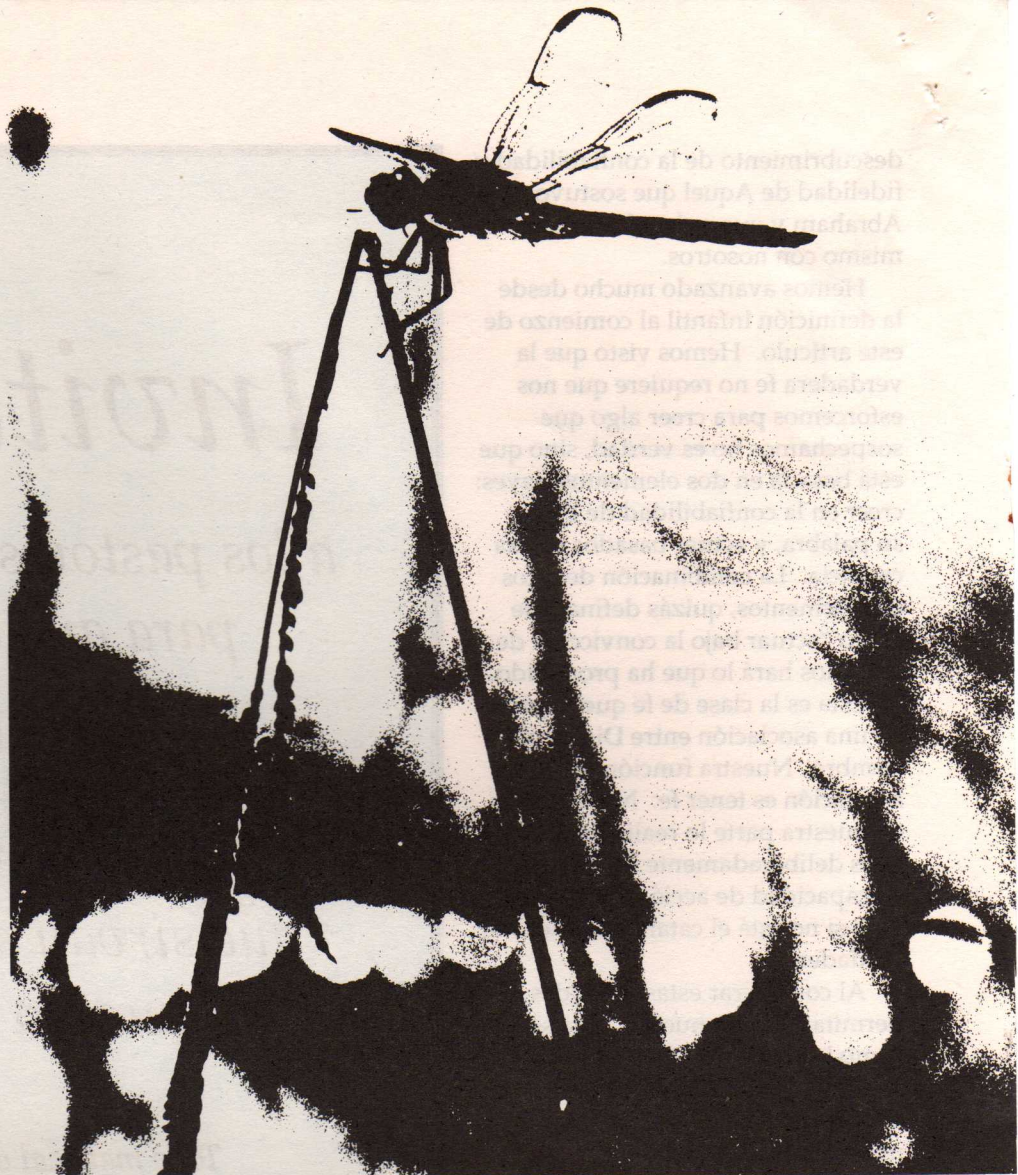
CONQUISTA CRISTIANA

14914 Thorough Good Lane
Houston, Texas 77084 U.S.A.

*Publicaremos los artículos
en orden de presentación,
de acuerdo con los temas
de nuestro programa.*

La duda, afuera, soltera y rechazada

Por Fredy Granja



Sucedió así: (Génesis 22:8-18). El Señor concedió a Abraham tres días para que meditara, mientras se dirigía en compañía de su hijo Isaac hacia los campos de Moriath.

La prueba de fe que le exigía Dios a Abraham era demasiado difícil para la mayoría de los creyentes de cualquier época. Dios necesitaba un hombre confiable, y se propuso prepararlo de la manera más insólita al parecer humano. Sobre sus lomos descansaba la promesa del pacto; sería padre de muchedumbre de gentes, y estaba avalado en la promesa que aun la tierra de Canaán habría de poseer su descendencia. Abraham tendría que ser ejemplo de fe para todas las generaciones.

El enemigo, como siempre, se propuso estorbarlo constantemente. En vez de una fea serpiente, vendría montado en un brioso corcel, en un evidente cambio de táctica militar. Repetidas veces tocaba el timbre del corazón de Abraham para desalentarlo y llevarlo a desobedecer el mandato de Dios —como lo hiciera un día con doña Eva y don Adán— pero en esta ocasión, le falló la puntería al espíritu de la duda, y ésta debió quedarse afuera, soltera y rechazada.

No obstante, Abraham habríase preguntado, ¿por qué Dios reclama el sacrificio de su único hijo y no le pide en cambio algunos de los buenos corderos de su rebaño? Recuerda, al mismo tiempo, las palabras del Señor cuando le habló la

primera vez:

Vete de tu parentela... y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición (Génesis 12:1-2).

Desde entonces su experiencia le confirma que nunca Dios lo ha abandonado en sus luchas, y que él sabe lo que hace y está dispuesto a obedecerle hasta las últimas consecuencias.

Al término de tres días alcanzan a divisar el monte Moriath, extraña y misteriosa silueta que desafía al caminante a ver de cerca. ¿Por qué allí? Abraham ordena a sus siervos que esperen al pie de aquel lugar y,

tomando a su único hijo, carga sobre él toda la leña necesaria. El fuego y el cuchillo van en las manos del padre. Emprenden la subida al monte que Dios le ha indicado para el holocausto.

Mientras caminan juntos, se oye la pregunta del muchacho:

—¿Dónde está el cordero para el sacrificio?

—Dios se proveerá del cordero — ha sido la respuesta. El hijo confía en su padre, pero Abraham confía en Dios.

—Es asunto de Dios, hijo mío, y no me preocupa porque él sabe lo que hace y obedecerle es nuestra obligación... él lo proveerá.

Allá, a lo más alto del monte, han llegado. De inmediato, Abraham comienza a levantar un altar. Su hijo se encuentra atado de pies y manos sobre la leña, como un manso cordero que no sabe protestar; sin más testigo que el cielo abierto en profundidad indescriptible. En absoluto silencio, se alza la mano de Abraham con su cuchillo afilado por el amor y la fe en Aquél que lo está probando.

De un solo corte le quitará el resuello... pero se escucha el grito resuelto y a tiempo del ángel de Jehová:

"Abraham, Abraham [...] No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuando no me rehusaste tu hijo, tu único" (Génesis 22:11,12).

El triunfo de la fe le ha tocado, justo en el mismo límite de lo imposible, dejándonos a nosotros como herencia indiscutida, dos aptitudes que desde la cima del monte Moriat se desprenden. Una, la de Abraham, que prefirió obedecer a Dios sin vacilar; otra, la de su hijo Isaac, que se dejó atar sin

protestar, aun sabiendo que él sería la víctima propiciatoria —figura inconfundible del Hijo de Dios.

Nuestro Señor Jesucristo, manso y humilde, se dejó atar en el monte de Getsemaní y, en el otro monte opuesto, monte de Moriat o monte del Calvario, sobre el altar de una horrenda cruz, entregaba su vida santa por todos los pecadores del mundo. Al contrario de Isaac, no tuvo ningún sustituto; murió bajo el peso de la tortura y la mirada fría de una multitud envenenada de odios hacia él, cuyo delito fue el hacer el bien a cuantos se le acercaron, creyendo.

También aquí, la duda quedó afuera, soltera y rechazada, porque el Hijo confió en el Padre y, ¡derrotando al diablo y a la muerte, alcanzó la victoria!

*Abraham nos enseña,
con su ejemplo de fe,
haber alcanzado
las bendiciones
que le fueron prometidas.
El otro episodio de sangre,
en el monte Calvario,
nos mueve el dar a conocer
los motivos de su muerte
por los pecadores.*

De las dos historias vividas sacamos dos conclusiones que no debemos nunca olvidar, porque de ellas emana el destino de la humanidad. Abraham nos enseña, con su ejemplo de fe, haber alcanzado las bendiciones que le fueron prometidas. El otro episodio de sangre, en el monte Calvario, nos mueve el dar a conocer los motivos

de su muerte por los pecadores.

En esta hora que vive la humanidad, sentimos más que nunca, el peso de la responsabilidad asumida ante el Señor de la Gloria: dar pasos más acelerados en el sentido de sacrificar intereses o prejuicios condenatorios, si es que queremos librarnos de dar cuenta de tantos que viven y mueren sin Cristo.

No podemos disimular la verdad que avanza sobre las naciones, nubes cargadas de ateísmo y fuerzas diabólicas oprimiendo y destruyendo esta última generación (según creemos), pues una gran mayoría ignora que sólo en Cristo hay salvación.

Desde esta humilde página, queremos extender nuestras manos en amistad y amor fraternal; y rogar que en cada ciudad o pueblo se junten los siervos del Señor y subamos juntos al "monte Moriat" y ofrezcamos a Dios sacrificios de alabanzas sobre el altar de la unidad.

Cuando este clima exista de verdad, acontecerá algo muy maravilloso. La profecía de Isaías 55:5 nos alcanzará plenamente:

He aquí, llamarás a gente que no conociste, y gentes que no te conocieron correrán a ti, por causa de Jehová tu Dios, y del Santo de Israel que te ha honrado."

Pues la única medicina que tiene Dios para este mundo enfermo la quiere continuar suministrando a través de cada hijo suyo, en cada nación. *El avivamiento viene.* Que la duda quede afuera, soltera y rechazada.

*Contribución de Fredy Granja,
pastor de la Iglesia Evangélica Cristiana
"Sarón", Calle: Atanasio Sierra No. 999
en la Ciudad de Las Piedras, Uruguay.*

La gloria postrera

por Jorge Luis Soto Gould

Un frecuente error consiste en igualar el reino de Dios y la Iglesia. Podríamos definir el reinado del Señor como la soberanía de Dios sobre todo lo creado. La Iglesia, por su parte, como una comunidad fraterna que acepta voluntariamente esta soberanía.

Es bueno aclarar que no existe diferencia entre las expresiones *reino de Dios* y *reino de los cielos*. Un estudio

comparativo en el Nuevo Testamento lo mostrará (Marcos 1:15 y Mateo 4:17). Algunas personas han pretendido, a través de la historia, con esfuerzos humanos u otros artificios, igualar el reino de Dios.

La Escritura nos revela que el reino de Dios viene a nosotros: "Venga tu reino" (Mateo 6:10). Otras formas verbales nos dan luz acerca del reino de Dios (vea Lucas 22:29). Es

indiscutible que el reino de Dios ha llegado a nosotros. Hablamos de restauración, pues su pueblo ha olvidado casi por completo su soberanía. De forma tal, las sazones de los tiempos nos anuncian que tanto su reino como su Iglesia nos están siendo restituidos como al principio.

La Iglesia primitiva.

Los orígenes de la Iglesia del Señor

muestran un alcance insospechado para la mente humana. El poder espiritual que el Señor otorgó a los primeros cristianos hizo que el mundo exclamara: "Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá" (Hechos 17:6).

Mientras se movieron en los fundamentos apostólicos y proféticos, operaron en ellos los siguientes principios: Salvación por fe (Hechos 16:30-31). Bautismo en agua (Hechos 8:38-39). Sanidad divina (Hechos 5:16). Santificación (2 Corintios 6:17). Bautismo del Espíritu Santo (Hechos 2:4). Alabanza (Hechos 16:25; Colosenses 3:16). Resurrección de los muertos (Hechos 9:36-40).

Además, la Iglesia demostró poder sobre el reino espiritual (Hechos 2:40-41); el reino de Satanás (Hechos 8:7,19;11-12); el reino humano (Hechos 28:8-9); y el reino animal (Hechos 28:3-5).

La decadencia de la Iglesia primitiva

Dolorosamente, la Iglesia, luego de un avance evidente, inicia una declinación jamás prevista por los primeros mártires. Los historiadores señalan el año 130 de nuestra era el inicio del cambio de rumbo de la Iglesia. La santidad y la calidad del liderazgo empiezan a declinar. La doctrina bíblica comienza a ser sustituida por declaraciones formuladas, llamadas credos.

El establecimiento de la Iglesia Católica Romana (313-590) hizo que los sistemas mundanos envolvieran a la Iglesia. Desde el año 590 hasta el 1517 la Iglesia se sumerge en el período más oscuro, llevada a un sistema religioso falso. La relación estrecha entre la iglesia y el estado bloqueó estrepitosamente el reino de Dios.

La higuera de Dios reverdece

La Iglesia es la Israel espiritual y

podemos tomar la figura de la higuera como la restauración de la Iglesia del Señor que hace visible el reino de Dios. El árbol comido en sus raíces por la oruga, en el tallo por el saltón, en sus hojas por el revoltón, y la langosta que devoró sus flores y su fruto, conforme a la profecía de Joel 2:25-26, emprende el proceso de reverdecimiento.

En 1517, Martín Lutero recibe revelación sobre la salvación por medio de la fe (Romanos 1:16-17). En el año de 1524, ciertos discípulos de Lutero reciben luz del cielo y restituyen el bautismo en agua (Hubmayer, Grebel y Manz).

Jorge Whitefield y Juan Wesley, por el año 1738, recibieron del Espíritu Santo la necesidad de que la Iglesia debería estar separada de lo mundanal. A partir de ese tiempo, la doctrina de la santidad comienza a adornar la Iglesia postrera.

El bautismo en el Espíritu Santo entra en acción en el año 1906, aunque se registra que en 1896, en Carolina del Norte, un grupo que adoraba al Señor fue revestido con poder de lo alto. En Kansas, E.U.A. y en Gales, Inglaterra, ciertos cristianos tuvieron las mismas experiencias.

Anteriormente a la experiencia del bautismo en el Espíritu Santo, Albert Benjamin Simpson, en 1874 recibe sanidad divina en su propio cuerpo y, por espacio de 35 años, pregona que Jesucristo salva y sana. Se introduce así en algunas iglesias la oración por los enfermos.

Es obvio que al introducir en el culto esas áreas que estaban perdidas, de una manera práctica reaparecen "los principios de la doctrina de Cristo" que menciona Hebreos 6:1-2).

La gloria postrera

Los ministros y las iglesias que se encuentran en un despertar espiritual, están disfrutando de verdaderas "fiestas espirituales". El cumplimiento de las profecías en

aquéllos que creen, es notorio.

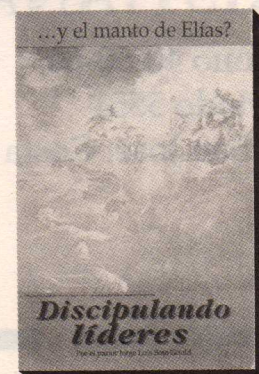
Los anuncios proféticos se están cumpliendo. "La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera" (Hageo 2:9). "...alegraos y gozaos en Jehová vuestro Dios; porque os ha dado la primera lluvia a su tiempo, y hará descender sobre vosotros *lluvia temprana y tardía como al principio* (Joel 2:23; Énfasis del autor). (Vea también Zacarías 10:1 y Levítico 26:3-4).

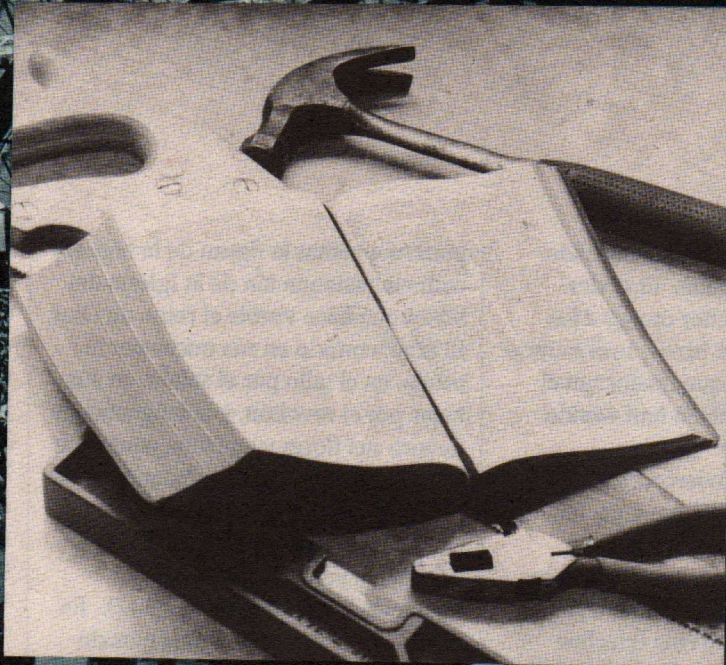
Ante el inminente retorno del Señor Jesucristo a la tierra, la restauración de todas las cosas se está haciendo real en medio de la Iglesia (Hechos 3:21).

El reino de Dios se está haciendo visible de una manera notoria. Podemos ver la exaltación que se le brinda al Señor, la aceptación de su señorío sobre su pueblo. Se están levantando verdaderos adoradores. La Iglesia está disfrutando de la herencia, ha abierto los ojos espirituales y descubrió que estaba en medio de tierra que fluye leche y miel.

Nuestra oración ha de ser: ¡Señor, venga tu reino! Y que tu Iglesia sea el vehículo por donde manifiestes tu gloria. ¡Aleluya!

Tomado con permiso del libro *Discipulando líderes*, (Tema I, La restauración del reino de Dios) por Jorge Luis Soto Gould, pastor de la Iglesia Manantial de Vida en Esparza, Puntarenas, Director de Intercesores por Costa Rica, y reconocido líder nacional e internacional.





¡Una efectiva herramienta
para líderes de todas las denominaciones
en todas las naciones!
Envíe ahora \$10
(U.S. dólares) costo de 6 ejemplares

CONQUISTA CRISTIANA — Volumen 2 • Número 16 • 1993 — Director: Hugo M. Zelaya • Editor: Noé Martínez Q.

Publicación bimestral del Centro para Desarrollo Cristiano, que pertenece a la Fraternidad de Ministerios e Iglesias del Pacto — © Derechos Reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial sin el permiso de los editores. Los puntos de vista expresados no representan la opinión de sus escritores y no necesariamente del director o editor.

El Material que se envíe para su publicación debe ser escrito a máquina, a doble espacio y por una sola cara de la hoja.

Si desea devolución del manuscrito, incluya un sobre con su dirección y el importe postal correspondiente.

CONQUISTA[®]

CRISTIANA

Teléfono 40-50-80

Apartado 5551

1000 San José, Costa Rica

